



## La Guerra del 67: 40 años después

### **Editorial**

### **Informes:**

Informe sobre la asistencia de la Unctad al pueblo palestino

Informe sobre demolición de viviendas y desalojo forzoso

### **Cultura**

### **Dossier**

Hoy, en los Territorios Ocupados

### **Artículos:**

Algunas tendencias árabes tras la guerra de 1967

*Por José Abu-Tarbush*

La Guerra de las Seis Días

*Por Nicolás Chadud*

Lo que queda de la Naksa: ocupación, colonización y apartheid

*Por Ricardo Marzuca*

La Derrota Árabe de 1967 y el surgimiento de la vía autónoma y revolucionaria del Pueblo Palestino "

*Por Daniel Jadue*

## ÍNDICE

1. <i>Editorial</i>	<i>Pág. 3.</i>
2. <i>Artículos</i>	<i>Pág. 4.</i>
3. <i>Cultura</i>	<i>Pág. 20.</i>
4. <i>Documentos</i>	<i>en <a href="http://www.hojaderuta.org/008/informes/001.php">www.hojaderuta.org/008/informes/001.php</a></i>
5. <i>Pizarra</i>	<i>en <a href="http://www.hojaderuta.org/008/pizarra/001.php">www.hojaderuta.org/008/pizarra/001.php</a></i>

## EDITORIAL

### Editorial

*“Es cierto que necesitamos la historia, pero de otra manera que el refinado paseante por el jardín de la ciencia, por más que éste mire con altanero desdén nuestras necesidades y apremios rudos y simples. Es decir, necesitamos la historia para la vida y la acción, no para apartarnos cómodamente de la vida y la acción, y menos para encubrir la vida egoísta y la acción vil y cobarde”*, escribía Nietzsche en su *Segunda Intempestiva* acerca de la utilidad y perjuicios de la historia para la vida. ¿Por qué debe sugerirnos algo este pasaje? Dedicamos este número a la guerra de 1967, esto es a un “hecho” ocurrido hace 40 años, es decir, a un hecho del “pasado” -no ya presente- o como diría Heidegger: “no ya ante los ojos”. Si esto es así, ¿qué sentido tendría reflexionar acerca de la Guerra de los Seis Días “40 años después”? Si tiene algún sentido, éste es el de la “guerra” en tanto “acontecimiento” que *funda* la dinámica de la política del Oriente Medio contemporáneo, y desde esta perspectiva, sí está hoy presente ante nuestros ojos. Dicho de otra manera, la Guerra de los Seis Días no es un “hecho del pasado”, sino un “acontecimiento” que *da* lugar a los hechos del presente; así planteado no es un problema historiográfico. Sí es, en cambio, propiamente *histórico*.

Más concretamente, ¿qué abre la guerra de 1967? Abre la *posibilidad* de lo que actualmente sucede en el mundo, en la región de Oriente Medio y en Palestina, en particular. Es sabido que el conflicto comienza con un ataque *preventivo* por parte de Israel en contra de Egipto, Siria y Jordania. *Preventivo* es hoy el carácter generalizado de las guerras en el mundo. La brutal derrota que sufren los ejércitos árabes trajo consigo el fin del panarabismo nasserista, y el consecuente surgimiento de la opción revolucionaria -fundamentalmente en el movimiento palestino- que predominó hasta una nueva derrota en 1982 que -salvo la breve *interrupción* que significó la Intifada de 1987- abre el camino para el auge del islamismo. *Islamista* es hoy el presente del Oriente Medio.

Tras la guerra del '67, Israel *ocupa* los territorios palestinos de Gaza y Cisjordania (El 22% de Palestina que no se había apoderado en 1948), ocupación que marca el comienzo de la colonización y acantonamiento de los territorios. *Campos de concentración* son hoy los territorios ocupados. *Ocupación hay* actualmente en Iraq y Afganistán. En conjunción con lo anterior, la Guerra de los Seis Días trae la hegemonía norteamericana a la zona, *hoy más presente que nunca*, además de la hegemonía militar regional de Israel. Dicho esto, el Oriente Medio es Hoy, junio de 2007 -salvo los detalles historiográficos y en sentido estrictamente *histórico* - junio de 1967.

Léase este número de *Hoja de Ruta* como una *Consideración Intempestiva* sobre la Guerra de los seis días.

HOJA DE RUTA

## ARTÍCULOS

### **Algunas tendencias árabes tras la guerra de 1967**

Por José Abu-Tarbush \*

Cuatro décadas después de la guerra de 1967, se constata la prolongada irresolución del conflicto y la ausencia de salidas del mismo o, para ser más precisos, de voluntades políticas determinantes para concluirlo. Originada a caballo entre el siglo XIX y principios del XX, bajo la estela del reemplazo de los dominios territoriales turco-otomanos por los de las potencias mandatarias de Francia y Gran Bretaña en Oriente Próximo, la controversia entre los árabes-palestinos y los judíos-sionistas por el control exclusivo del territorio del mandato británico en Palestina adquirió desde el primer momento una dimensión regional e internacional.

Si la construcción del Estado de Israel, en 1948, se cimentó sobre la expropiación y fragmentación del territorio palestino, junto a la expulsión y dispersión de buena parte de su sociedad; la guerra de los Seis Días marcó otro punto de inflexión en esa tendencia de reapropiación, neocolonización y desarabización de dicho territorio. Sin transformar del todo la naturaleza del conflicto, de disputa claramente territorial, la guerra de junio desplazó su núcleo central desde la existencia del Estado israelí sobre los territorios palestinos de 1948 hacia la ocupación israelí de los territorios palestinos de 1967. De hecho, la propia denominación de la controversia se encargaría de recoger estos cambios, paulatinamente pasaría de denominarse conflicto árabe-israelí a palestino-israelí, o bien, combinaría ambas denominaciones.

### ***Nuevas tendencias en el mundo árabe***

Sería cuestión de tiempo que los Estados árabes beligerantes con Israel, y la propia Organización para la Liberación de Palestina (OLP), aceptaran esta nueva realidad por muy injusta que la percibieran. Israel no era una entidad efímera y artificial como se presumía; por el contrario, mostraba una clara fortaleza política y militar. Pese a las tres afamadas negativas (a la negociación, la paz y el reconocimiento de Israel) de la cumbre árabe de posguerra en Jartum, el hecho consumado israelí se iría imponiendo en toda la región. Más allá de la retórica, con proclamas que seguían negando el derecho a la existencia del Estado de Israel, las reivindicaciones árabes (y palestinas) se fueron centrando de manera creciente en la recuperación de los territorios árabes ocupados en 1967 en detrimento de los demandados inicialmente desde 1948-49, sobre los que se había asentado el nacimiento y primera expansión de la entonces denominada entidad sionista, según el vocabulario político árabe de la época.

El ejemplo más notable en esta evolución fue el de Egipto que, en el plazo de una década, pasó de la confrontación con Israel a la negociación, obteniendo luego como resultado la devolución de la península egipcia del Sinaí. En 1977, el presidente egipcio, Anuar el-Sadat, viajó a Israel y se dirigió a su nación desde el propio parlamento israelí (Kneset). Fue un gesto algo más que simbólico, pues al año siguiente se firmaron los acuerdos de Camp David entre Egipto e Israel bajo los auspicios de la administración Carter y, en 1979, se selló un tratado de paz entre ambos países que garantizaba la retirada israelí del Sinaí, el acceso de Israel al canal de Suez y la normalización de relaciones diplomáticas entre Tel Aviv y El Cairo.

Para comprender el giro estratégico operado por Egipto (esto es, su desplazamiento desde la primera línea del combate con Israel a la de la cooperación, y desde la alianza con la Unión Soviética a la establecida con Estados Unidos), no es suficiente con hacerse eco del reemplazo de su elite política (del desaparecido Gamal Abdel Naser por Anuar al-Sadat), por muy importante que en los regímenes presidencialistas, de corte personalista y autoritario, la toma de decisiones políticas esté concentrada en muy pocas manos y, de manera particular, aquellas medidas que conciernen a su seguridad y acción exterior. De aquí que sea igualmente necesario recoger las nuevas tendencias que fueron gradualmente imponiéndose en el sistema interestatal árabe de la posguerra.

Desde esta perspectiva, la derrota de 1967 supuso, en primer lugar, un serio revés para la opción naserista en el mundo árabe y, por extensión, para los Estados vertebrados en sus formas como repúblicas, con

sistemas de gobiernos presidencialistas autoritarios, que participaban de semejantes presupuestos políticos e ideológicos, nacionalistas y socializantes, aunque articulados en versiones diversas e incluso enfrentadas .

Una segunda tendencia fue el repliegue de los Estados árabes a sus fronteras nacionales. Esto es, el fin de las veleidades panarabistas que, en su empeño por superar las fracturas fronterizas diseñadas por el colonialismo europeo, se había aventurado en procesos voluntaristas de unificación estatal. Un claro ejemplo fue la constitución de la República Árabe Unida (RAU) tras la unión entre Siria y Egipto en 1958, que terminaría desapareciendo con su división apenas dos años después, en 1961. Es de justicia reconocer que el fiasco de la RAU fue un duro golpe para el discurso y la praxis panarabista, tanto e incluso más significativo que la propia guerra de 1967. En suma, la división entre Egipto y Siria, por razones internas, chocaba frontalmente contra lo que era el buque insignia del panarabismo: la unidad del mundo árabe. En este sentido, la guerra de junio venía a confirmar su fracaso, entre otras cosas.

Una tercera consecuencia fue el desplazamiento del epicentro del poder en el seno del subsistema interestatal árabe desde las repúblicas nacionalistas hacia las monarquías conservadoras. Obviamente, como todo proceso histórico, tamaño cambio no se produjo de la noche a la mañana, pero contó con un importante punto de apoyo e inflexión en la guerra de 1973 y la revalorización del petróleo como arma estratégica e inestimable fuente de ingresos. De este modo, las enriquecidas economías petroleras comenzaron a jugar una mayor influencia política en su entorno, apostando por el *statu quo* regional y apoyando a las fuerzas partidarias del orden tradicional, en oposición a las todavía predominantes organizaciones nacionalistas y progresistas.

Sin embargo, sería erróneo deducir de lo anterior que la emergencia del islamismo, visualizada una década más tarde, se debió única y exclusivamente a este importante apoyo financiero. Si bien es necesario tomar en consideración su innegable relevancia, no menos cierta fue la influencia de otros importantes factores entre los que cabe destacar, sin ánimo exhaustivo, el continuo descrédito de los sistemas políticos árabes, tanto en sus formas republicanas como monárquicas; y, como influencia externa, el triunfo de la revolución islamista en Irán (1979), la primera en la historia contemporánea, que señalaba el rumbo a emular por numerosos movimientos islamistas y contestatarios al orden político árabe. Las proclamas políticas e ideológicas del nacionalismo e izquierdismo fueron perdiendo gradualmente su original atractivo, pero la retirada de su apoyo social no significó su desplazamiento hacia las partidarias del orden social conservador como algunos esperaban. Por el contrario, el islam político fue haciéndose fuerte en el espacio de la oposición gubernamental, llegando en algunos casos a cosechar apoyos electorales mayoritarios allí donde el sistema político se ha abierto puntualmente (Argelia, por ejemplo), y presentarse como una desafiante alternativa allí donde dicho sistema permanece cerrado o semicerrado (en Egipto la participación de los islamistas ha estado muy limitada en las elecciones legislativas de finales de 2005). Este tipo de comportamiento recibe también otras denominaciones como *democracia iliberal*, o bien, más preciso, aunque no menos paradójico, *autoritarismo electoral* : la ilusión de una democracia multipartidista en la que la manipulación electoral se ha transformado en una de las fuentes principales del poder autoritario.

Este panorama, de por sí complejo, se ha complicado aún más con la entrada en escena de las opciones radicales y violentas entre finales del siglo XX y principios del XXI. La deriva terrorista de movimientos políticos contestatarios y radicales no es inherente al mundo árabe ni, mucho menos aún, al Islam. Fenómenos similares se encuentran en otras tradiciones culturales, sin ir muy lejos, en la propia Europa occidental. Algunos movimientos posteriores al mitificado y, al mismo tiempo, frustrado mayo del '68 evolucionaron hacia opciones igualmente violentas como la Fracción del Ejército Rojo (RAF), también conocida como la banda Baader-Meinhof, y las Brigadas Rojas, entre otros grupos. Nada de esto niega, por otra parte, las peculiaridades de su vertebración y expresión en las sociedades y Estados árabes, pero esas particularidades tampoco le otorgan un carácter excepcional e incomprensible. Por el contrario, la violencia debe ser analizada y comprendida (no justificada) para contribuir a su erradicación.

Otra cosa bien diferente es el uso de los fenómenos de violencia política por las más variopintas doctrinas de seguridad nacional. Las políticas del miedo suelen instrumentalizar la presencia de esas amenazas, reales y serias, como un pretexto para la inmovilidad política, la represión de toda oposición, la prolongación del autoritarismo y, desde una óptica externa, la apuesta por el orden estable e injusto (antes que por el cambio

y la incertidumbre inherente a toda transición política), o bien, en casos más extremos, por la intervención militar directa. Ambas pautas de comportamiento se han visto fuertemente reforzadas tras los atentados del 11-S. Más allá de las reflexiones que asociaban la permanencia del autoritarismo con la inestabilidad y la inseguridad, la praxis política impuesta desde entonces parece haber escogido la opción contraria.

### ***La centralidad de la cuestión palestina erosionada***

En este contexto, de cambio constante, hay que contemplar la evolución que ha experimentado la cuestión palestina desde su centralidad durante la década de los sesenta y setenta hacia su posterior marginación *de facto*. Tras la guerra de 1967, el conflicto árabe-israelí adquirió un mayor protagonismo que, en cierto modo, reemplazó el clima de guerra fría árabe vivido intensamente hasta la fecha. Teóricamente, la causa palestina estaba destinada a ser un elemento de cohesión y unidad de la política árabe; sin embargo, en la práctica mostró ser más una fuente de división. Junto a las diferencias en torno a las alianzas internacionales y los objetivos estratégicos, la cuestión palestina fue usada como arma arrojada en las rivalidades regionales. Su defensa fue también instrumentalizada como fuente de legitimación interna y panárabe. No hubo golpe de Estado que entre sus primeras proclamas no figurara de forma prioritaria. Esta manipulación se ha mantenido de manera constante desde entonces, trascendiendo incluso a los actores no estatales como Al Qaeda o, más recientemente, Fatah al-Islam. En suma, la cuestión palestina ha estado muy presente en la agenda árabe, pero más en clave de política interna o regional que como elemento unificador de su acción exterior.

La propia emergencia de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), en 1964, se debió más a la rivalidad interárabe que a una iniciativa propiamente palestina. Desde el primer momento, el movimiento palestino se aferró a la independencia de su decisión nacional: evitar la injerencia árabe en los asuntos palestinos y, en correspondencia, no interferir en los asuntos árabes. En este empeño, las organizaciones populares palestinas se hicieron con el control de la OLP y lograron su reconocimiento árabe e internacional como interlocutor palestino y actor regional imprescindible en la resolución de la controversia. Pero no pudieron evitar las intromisiones mutuas entre los actores gubernamentales árabes y la OLP: la creación de grupúsculos palestinos de obediencia a una u otra capital árabe; y cómo la significativa presencia demográfica y político-militar palestina en Jordania y en Líbano, sumada a sus contradicciones internas, propició la inestabilidad y la confrontación civil. La OLP era consciente de las limitaciones de su entorno árabe, pero también de las suyas propias. No podía cumplir sus objetivos estratégicos sin la alianza de los Estados árabes y, a su vez, dicha alianza no estaba exenta de contradicciones y costes. Así fue durante el anclaje de la estrategia armada palestina en el espacio de la diáspora, a expensas de la hospitalidad de los Estados árabes receptores.

El cambio de estrategia y escenario a finales de los ochenta, con la emergencia de la primera Intifada (1987) y, a caballo de ésta, la ofensiva político-diplomática de la OLP, otorgó mayor margen de maniobra a la central palestina. No obstante, ésta volvería a verse involucrada en la conflictividad regional durante la invasión iraquí de Kuwait (1990-91), con unas desastrosas consecuencias: la dilapidación de su capital político. Desde esa misma posición de debilidad -y sin alianzas árabes e internacionales suficientes- se adentró en el proceso de Oslo (1993). Su fiasco fue mayúsculo. Aunque de manera mucho más atenuada que durante su andadura en el exilio, las pugnas e intereses regionales se dejan sentir en el seno del movimiento palestino en los territorios ocupados. La centralidad de la que, discursivamente, gozaba la cuestión palestina ha ido dejando paso a su creciente erosión, cuando no su marginación en momentos puntuales. No cabe confundir su eco mediático con los esfuerzos empleados para su resolución. No existe ninguna correlación entre ambos. Son otros muchos los conflictos que ocupan al mundo árabe e islámico (ocupación de Irak, desafío nuclear iraní, terrorismo yihadista, ausencia consenso nacional en Líbano, permanencia del autoritarismo y la represión), la cuestión palestina sólo tiene una relación indirecta o tangencial. Servirse de la causa palestina en muchos de esos conflictos no es lo mismo que servirla. Su centralidad es intermitente, en ocasiones sólo se mantiene por ser susceptible a la manipulación.

---

\* José Abu-Tarbush es Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid y Profesor de Sociología de la Universidad de La Laguna (Tenerife), España.

## La Derrota Árabe de 1967 y el surgimiento de la vía autónoma y revolucionaria del Pueblo Palestino

Por Daniel Jadue \*

### • INTRODUCCIÓN.

Este año, se cumplen 59 y 40 años, respectivamente, de la implantación en Palestina del Estado de Israel en 1948 y de la Gran Derrota Árabe de 1967, los cuales constituyen, sin duda alguna, los dos episodios más negros en la historia reciente del Mundo Árabe en general y del pueblo palestino en particular.

Por lo mismo, no resulta fácil escribir de historia y analizar estos hechos cuando la actualidad nos consume a diario con las amargas noticias que recibimos desde los territorios palestinos ocupados, desde la misma fecha por el Estado de Israel. Menos aún cuando constatamos que a pesar de los avances obtenidos a lo largo de 25 años de revolución independiente, son los mismos palestinos los que se han encerrado en un callejón sin salida, al entrar en los acuerdos de Oslo, haciéndole el juego y un tremendo favor a sus propios enemigos, los que hoy disfrutan de ver hecho realidad el más antiguo y maravillosos de sus sueños: palestinos matando, reprimiendo y encarcelando a otros palestinos, en una guerra civil cuyo objetivo es la toma del control de una Autoridad Nacional que en estricto rigor, no sirve ni ha servido para nada.

Mientras tanto, Israel y EEUU miran con una sonrisa cómplice como las consecuencias de sus políticas ha llevado a los palestinos al enfrentamiento fratricida, y se dedican a armar a unos para terminar con los otros, esperanzados en que el término de la guerra civil deje a los triunfadores, si se les puede llamar así, en condiciones de debilidad tal que los obliguen a negociar una vez más en sus términos, los que han sido impuestos en una estrategia perenne de aniquilamiento físico y político del pueblo palestino y de sus propias organizaciones, siempre ayudados por las diferencias tácticas y estratégicas de un movimiento cuya falta de un paradigma racional como paraguas de la acción, por un lado, y de una sólida democracia interna, por otro, lo ha llevado a tal nivel de fragmentación que, difícilmente, podría representar el programa nacional unitario que la OLP abandonó cuando Arafat firmó los acuerdos de Oslo.

A pesar de ello, el presente texto pretende contextualizar el surgimiento de la vía armada y de la vía revolucionaria palestina, ayudando a la comprensión de los fenómenos que en el Mundo Árabe se dieron a partir de 1948 y que terminaron para siempre con la “apuesta del nacionalismo árabe” para la liberación de Palestina.

De hecho, fue precisamente la humillante derrota de 1967, la que hizo entender a los palestinos que el único camino viable para la liberación nacional era la revolución que los propios palestinos pudieran construir en una organización autónoma, independiente y lo más democrática posible en una región que sólo sabía y sabe de dioses, profetas y caudillos, con todas las limitantes que eso conlleva.

Este nuevo movimiento no podía ni debía tener conflictos de alineamiento estratégico en el contexto internacional y mucho menos tendría que subordinarse a las pugnas estériles entre caudillos árabes, empeñados en erigirse como los legítimos sucesores de Salah Al Din. [1]

Dentro de esta decisión por todos compartida, surgieron voces que creían necesario alinearse con las fuerzas progresistas del mundo y dar una batalla de carácter nacional pero estrechamente ligada a la lucha internacional por la emancipación del género humano, lo que evidentemente los ponía en contra de gran parte de los dirigentes árabes que eran parte del mismo eje del mal, para utilizar un lenguaje obsoleto y contemporáneo a la vez.

Al lado de las primeras, surgieron voces que pretendían desarrollar una revolución pequeño burguesa que diera a la clase dominante palestina un estado en donde desarrollar su proceso originario de acumulación capitalista y aunque nadie lo diga de esa manera, esa fue la división histórica que caracterizó el nacimiento y desarrollo de las organizaciones palestinas que abrazaron, desde distintas posturas, la lucha armada contra la ocupación sionista y sus aliados.

## • ANTECEDENTES HISTÓRICOS.

Durante la Catástrofe de 1948, nombre con el que se conoce el inicio formal de la ocupación sionista de Palestina, una mayoría de los palestinos fueron expulsados de sus tierras mediante el uso de la fuerza indiscriminada y el terrorismo por parte de las fuerzas paramilitares sionistas que luego se convertirían en el ejército oficial del Estado de Israel.

Mediante trece operaciones militares, conocidas como Plan Dalet, arrasaron con 13 aldeas palestinas estratégicamente ubicadas para crear un corredor por donde deberían escapar los árabes despavoridos.

Luego de aniquilar a la gran mayoría de sus habitantes sin distinción de sexo, edad y condición social, subieron a camiones a los pocos sobrevivientes que dejaron y los pasearon desnudos por los barrios judíos para que fueran escupidos, apedreados, insultados y vejados para luego liberarlos y permitirles que propagaran por el resto del territorio palestino el pánico y el dolor causado por tanta masacre, tanta crueldad y tanta humillación.

Así los sionistas forzaron el éxodo de cientos de miles de palestinos que aterrizados cruzaron las fronteras, en poder de la llaves de sus casas, buscando refugio en los países árabes, que vieron en el conflicto palestino una oportunidad para instalarse y posicionarse, al interior del mundo árabe, como los líderes que devolverían a los mismos árabes, su dignidad arrebatada mediante la ocupación de palestina, uno de los centros de gravedad más importantes de la constitución de la identidad árabe en general y musulmana en particular.

Fue tan así, que decenas de golpes de estado y cambios violentos de gobiernos se llevaron a cabo en la región durante esos años en el nombre sagrado de Palestina, de su pueblo y de su liberación.

Paralelamente, se desarrollaban en el mundo árabe las tendencias nacionalistas propias de los procesos emancipatorios del sistema colonial, sin poder sustraerse de las pugnas de poder y de los afanes de dominación y reconstrucción de la gran nación árabe que provenía y se prolongaba desde el aniquilamiento del mundo musulmán representado en su última etapa por el Imperio Turco Otomano.

Surgió el Movimiento Nacionalista Árabe en la mayoría de los países que se venían independizando, con un contenido ideológico claramente más progresistas que aquellos países que devinieron en monarquías absolutas o en falsas democracias.

Esta corriente, con claras características de pequeña burguesía con opción revolucionaria, aspiraba a la conformación de una gran nación árabe, fuerte y cohesionada, con la que reconstruirían el poder de los árabes en el mundo, para enfrentar los embates de occidente, reencantado recientemente por el mundo árabe, desde el descubrimiento de las reservas energéticas que este tenía y que resultaban indispensables para el desarrollo del mundo moderno occidental.

Los palestinos, en este contexto, vieron inicialmente una luz de esperanza en estas declaraciones de intenciones y se enrolaron en los partidos políticos de los países árabes, como una forme de canalizar sus anhelos de justicia y libertad y de lucha contra la ocupación de su tierra, volcándose completamente a las luchas político ideológicas de los países que los acogieron y que venían recién independizándose de la mano del mismo Occidente que había entregado ilegalmente a Palestina a la Organización Sionista Mundial.

Los dirigentes árabes de ambas corrientes, la pequeña burguesía representada por los nacionalistas y la de la gran burguesía terrateniente y feudal representada por las monarquías y sus seguidores -mucho más preocupados de su sobrevivencia política y de su permanencia en el poder-, desarrollaron un doble juego, que por un lado los mostraba abrazando la causa palestina como un fin sagrado y por otro trataban de contener a los movimientos y partidos políticos que nacían en torno a la necesidad de la liberación de Palestina, para evitar los impulsos democratizadores y revolucionarios que de las mismas organizaciones

surgían.

Estos impulsos representaban sin duda alguna, un peligro para sus gobiernos, ya que más de alguna vez dichos movimientos, en la base, pretendieron instalar como condición sine qua non para el logro de la unidad árabe que llevaría al triunfo sobre el enemigo, la erradicación del Mundo Árabe de las monarquías absolutas y de los gobiernos autoritarios.

Quienes pensaban así se organizaron en pequeños partidos aglutinados en torno al Movimiento Nacionalista Árabe, cercano a Nasser y desde su nacimiento se convirtieron en un peligro evidente para los reyes, los militares y los presidentes que veían en el pensamiento progresista y democrático de estos grupos un peligro para sus propias existencias. Estos movimientos se dedicaron casi exclusivamente a promover experiencias de Unidad Árabe que fracasaron, una y otra vez, por las características propias de los dirigentes que pertenecían todos al paradigma teológico del mundo y cada uno se asumía a si mismo como el redentor de la nación árabe.

Para contener este peligro y mantener sus posiciones, se volcaron a una competencia formal entre si por dominar y liderar la causa palestina que representaba el Lei Motiv de los pueblos árabes; y mientras algunos entregaban recursos como los reyes de los países del Golfo, otros se volcaban a construir medios de comunicación y organizaciones árabes pro palestinas que debían tener el control y ser la expresión oficial y los representantes de la causa palestina.

La más osada de estas creaciones del más osado de estos líderes fue, sin duda, la Organización para la Liberación de palestina, creada por Gamal Andel Nasser, en 1964, sin la participación real ni vinculante de ninguna de las organizaciones palestinas que a la sazón existían.

Esta decisión política tuvo amplias repercusiones en el Mundo Árabe y dio nacimiento formal también al primer Ejército para la Liberación de Palestina, el que jamás llegó a ver la luz debido a la falta de voluntad política de los líderes árabes que veían en él un riesgo desestabilizador al interior de sus países. El primer presidente de la OLP fue Ahmad Chuqueiri quién permaneció como figura decorativa y estrecho colaborador de Nasser hasta poco después de la derrota de 1967.

Esta competencia iba acompañada, como era lógico, de una competencia discursiva llena de discursos grandilocuentes en que todos aspiraban al trono del peor enemigo de Israel, con frases y declaraciones altisonantes de destrucción del enemigo, de recuperación de la patria árabe, de lanzamientos al mar y de llamados estériles a la unidad, a la revolución y a la venganza.

Pero en estricto rigor, los países árabes tenían tantos problemas internos que resolver y en su mayoría eran dictaduras tan deleznable que fueron incapaces de ejercer un verdadero liderazgo sobre sus mismos pueblos y, por lo mismo, eran incapaces de aunar esfuerzos reales tras los objetivos que se planteaban.

Poco a poco, los palestinos se fueron decepcionando del rol que los árabes podían y estaban dispuestos a jugar en la liberación de Palestina y por lo mismo, comenzaron a madurar la necesidad de aglutinarse en torno a una organización propia que diera autonomía a la decisión política palestina, de todos aquellos que sólo querían instrumentalizar la causa para sus intereses personales.

Comenzaron a desarrollar algunas organizaciones de estudiantes y de profesionales palestinos y otras organizaciones político-militares como Al Fatah que había nacido en 1956, encomendándose a la tarea de organizar al pueblo palestino en el mundo árabe, cada una desde sus propias convicciones políticas e ideológicas.

Al Fatal, por ejemplo, con fuerte presencia en Kuwait, recibía un fuerte apoyo en recursos económicos de algunos reyes del Golfo y, por lo mismo, jamás adoptó la posición de los nacionalistas árabes que veían en la institución de las monarquías absolutas instaladas por Occidente, un obstáculo para el surgimiento de democracias populares que representaran adecuadamente los intereses de los pueblos árabes y por tanto,

eran considerados también, como enemigos de la causa palestina y mucho más cercanos a occidente.

Los cercanos al MNA agrupados principalmente en organizaciones estudiantiles se paseaban por el mundo árabe preparando el que debía ser el primer congreso nacional de estudiantes palestinos y habían comenzado a darle forma a la vanguardia política palestina.

En este contexto, el 1 de enero de 1965, nació formalmente la revolución palestina cuando Al Fatah, el partido de Yasser Arafat, realizó la primera operación militar en territorios ocupados por Israel y marcó un viraje fundamental en el ánimo, la esperanza y la determinación del pueblo palestino. Un viraje que los llamaba a ser protagonistas principales de su propia historia y a enarbolar las banderas de la revolución para llevar adelante la Liberación de Palestina de la ocupación sionista.

El impulso final vendría de la guerra del 67 que determinó el fin de una era de vanas esperanzas en los países árabes, para dar paso a una época de derrota marcada por la desmoralización, la dispersión y la falta de unidad de los palestinos pero con un condimento que no tenía precedente en la historia reciente del Mundo Árabe, los palestinos estaban decididos a llevar, ellos mismos, adelante el proceso de liberación nacional, lo que al menos daba garantías de que se estaba abriendo un nuevo escenario en donde, por primera vez, los palestinos y sus decisiones dependerían sólo de ellos mismos.

#### • LA DERROTA DEL 67 Y LA BATALLA DEL KARAMEH.

Fue tal la necesidad que sintieron los palestinos de tomar en sus propias manos la causa de su pueblo, luego de la gran derrota árabe de 1967, que en el lapso de unos meses surgieron decenas de partidos políticos que tenían poco más que un timbre y unas hojas con membrete, llamando a los palestinos a dejar las militancias en los partidos del Mundo Árabe y a enrolarse en sus propias organizaciones.

Muchos de ellos, se formaron a base de militantes que provenían de las filas del Movimiento Nacional Árabe (MNA) de diversos países. Otros nacieron como una respuesta desesperada a la necesidad de combatir la desmoralización que caracterizaba el estado de ánimo general del pueblo palestino.

Algunos de ellos, siguiendo el ejemplo de Al Fatah, se lanzaron desde las fronteras, principalmente desde Jordania, a realizar ataques de baja intensidad bajo el esquema de una guerra de guerrillas, cuyo único objetivo era subir la moral del pueblo palestino y demostrar a las bases palestinas que no todo estaba perdido.

Esta actividad elevó la tensión de manera significativa entre el gobierno de la potencia ocupante y su vecino de Jordania, en donde se habían instalado la gran mayoría de los palestinos expulsados en el año '47 y, por tanto, era un terreno fértil para el reclutamiento de todos los nuevos partidos que estaban naciendo.

El rey Hussein de Jordania, sin dar un apoyo directo y real a los palestinos, les permitía, de todas formas, que desarrollaran en su territorio sus legítimas actividades de resistencia, más por temor a las consecuencias de cualquier intento de represión que por un apoyo entusiasta y comprometido a su lucha de liberación.

Esto provocó la primera discusión de corte estratégico entre las distintas posiciones ideológicas que se venían consolidando al interior del pueblo palestino. Mientras los que optaron por las posiciones más revolucionarias creían que durante la época de derrota había que llevar a cabo un repliegue táctico que permitiera consolidar el frente palestino sin poner en peligro el proceso dada la tensión entre Israel y Jordania; los partidos más conservadores y más populistas, como Al Fatah, eran de la idea de avanzar con lo que estuviese al alcance del pueblo con tal de levantar el ánimo de los palestinos y ampliar sus bases, acelerando el proceso de reclutamiento.

Llegó a tanto la tensión fronteriza entre ambos países que Israel decidió invadir por tierra a Jordania para

destruir la resistencia palestina que estaba naciendo y debido a aquello se materializó el primer enfrentamiento directo entre las fuerzas palestinas e Israel, en la famosa y mítica batalla del Karahme. Y si bien los resultados fueron desastrosos para Israel debido a la derrota militar que su ejército sufrió a manos de un puñado de guerrilleros palestinos, en el mediano plazo, las consecuencias para los palestinos nos fueron mejores.

Efectivamente, en la mañana del 21 de marzo de 1968, diez mil soldados israelíes apoyados con unidades de tanques y helicópteros, marcharon por el puente Allenby hacia Jordania. Su objetivo: una pequeña ciudad situada en las márgenes del valle del Jordán, inmediatamente detrás de la ciudad, a sólo una hora caminando desde Palestina, la que se había convertido en el cuartel general de Al Fatah desde la gran derrota árabe del año anterior, y desde donde se lanzaron no pocos ataques hacia el interior de los territorios ocupados por Israel.

El ejército israelí había tomado la decisión de “sacar” esa base y eliminar las guerrillas en pocas horas. Sin embargo, los fedayines no estaban completamente desprevenidos de este ataque. El general jordano Khamanasha advirtió, el 18 de marzo, a los líderes de Al Fatal que los israelíes probablemente atacarían en los próximos tres días. También les advirtió la superior capacidad militar del enemigo sionista. Sin embargo, Arafat, Abu Jihad, Abu Iyyad y los Fedayines tomaron una distinta y crucial decisión: Quedarse y pelear.

Los fedayines pelearon con valor que nacía del desespero. Algunos saltaron con cinturones de bombas alrededor de sus cuerpos frente a los tanques israelíes, inutilizándolos. Las tropas pelearon de casa en casa, y cuerpo a cuerpo. Por la tarde el campo de refugiados fue destruido y tres cuartas partes de la ciudad fueron reducidas a cenizas. Los israelíes se retiraron en sus vehículos pero sin alcanzar su objetivo. La batalla tuvo un gran número de bajas pero la resistencia preservó lo suyo, contra una fuerza armada muy superior y dotada de un aura de invencible. Este día fue celebrado como una gloriosa victoria a través del Mundo Árabe y, en especial, en las filas de las organizaciones palestinas. Al Fatah creció de manera exponencial y Arafat se instaló como el líder indiscutido del pueblo palestino.

Paralelamente, surgió la idea de un grupo de palestinos liderados por George Habash, en adelante conocido como al Hakim, de conformar un Frente Popular para la Liberación de Palestina que reuniera a todos estos partidos que estaban naciendo y les diera una estructura nacional. El único grupo que se restó de este nuevo referente, debido a su nivel de consolidación, a su historia y a su contenido ideológico opuesto al pensamiento de izquierda, fue Al Fatah, el que siguió operando como el partido más antiguo de la revolución.

A partir de estos dos hechos fundamentales, los palestinos, mucho mejor organizados que durante los 20 años precedentes tomaron la decisión histórica de refundar la OLP que había creado Nasser en 1964 y convertirla en una estructura nacional, la cual sería la única y legítima representante del pueblo palestino de ese minuto en adelante. Así se realizó el Primer Congreso Nacional de la OLP y se estructuró, por primera vez, un programa nacional para la liberación de Palestina.

#### • EL RENACER DE LA OLP Y LA MASACRE DE SEPTIEMBRE NEGRO.

Sin duda, los efectos de la batalla del Karameh generaron una clara mayoría en torno al Fatal, la que se consolidó como la fuerza principal de la OLP, seguida de cerca por el FPLP, del cual se escindieron varias organizaciones a medida que el FPLP avanzó en su camino de convertirse en el primer partido marxista leninista de la OLP, dotando, por primera vez, al pueblo palestino de una mirada revolucionaria del conflicto y de una matriz teórica significativamente distinta a la tradicional del Mundo Árabe.

Si bien se estableció un camino unitario y compartido para encaminar la revolución, cada organización privilegió distintas formas de lucha, mezclando las legales e ilegales con el objetivo legítimo de remecer al mundo y volver a poner al centro de la discusión mundial el problema palestino, el cual el mismo Occidente

había creado al ceder ilegalmente la tierra de este pueblo a los inmigrantes sionistas venidos de Europa.

Las acciones de ambos bandos le valieron a la OLP un protagonismo sin precedentes; pero las distintas formas de lucha y las distintas visiones estratégicas generaron una dualidad en la matriz de pensamiento del pueblo palestino. Por un lado, surgirían los revolucionarios enemigos de las monarquías y de los regímenes autoritarios y, por otra, los patriotas que trabajarían con los gobiernos reaccionarios para conseguir apoyo económico y una determinada cobertura política a nivel mundial.

Las clases dominantes sintieron de cerca el peligro y brindaron rápidamente su apoyo a los partidos conservadores al interior del pueblo palestino, representados principalmente por Al Fatal, tratando de acorralar a los grupos revolucionarios que una vez terminado su proceso de recomposición y consolidación comenzaron a desarrollar acciones cada vez más desestabilizadoras y potentes, sobretodo, desde la frontera con Jordania, lo que hizo recrudescer el temor del Rey Hussein ante una posible invasión de Israel.

Los palestinos desarrollaron rápidamente su fuerza propia y desarrollaron un sistema de protección y ayuda social para los refugiados que evidenció la falta de preocupación del Rey por su propio pueblo. Adquirieron, por lo mismo, al interior de Jordania, una tremenda influencia política que hizo temblar al Rey. La OLP se había convertido en un estado dentro de otro estado, y sus redes de protección social y el funcionamiento relativamente más democrático de sus instituciones devino en un desprestigio del gobierno de Hussein, quien movido por el temor a los conflictos internos y por el pánico a una nueva invasión israelí, tomo la decisión de sacar a los palestinos de Jordania por la fuerza, dando por iniciado un ciclo macabro de masacres en contra de los palestinos, esta vez realizadas por sus propios hermanos árabes.

Los sobrevivientes de la masacre se desplazaron hacia El Líbano en donde se repitió la historia, una y otra vez, primero a manos de los Sirios y luego a manos de los libaneses en coordinación con los israelíes.

Todas estas experiencias agudizaron las pugnas internas entre los palestinos partidarios de la vía institucional y aquellos que exigían de Arafat una posición más dura contra los gobiernos árabes y que percibían en el gobierno palestino, los mismos vicios de las monarquías y gobiernos autoritarios del Mundo Árabe.

---

1. Salah Al Din fue el único líder árabe en tiempos de las cruzadas que logró unir y cohesionar tras de si a todos los árabes con el objetivo de rechazar los afanes expansionistas e imperiales del Occidente medieval sobre los lugares sagrados de las tres grandes religiones monoteístas.

---

\* Arquitecto y sociólogo de la Universidad de Chile, Magíster © en Urbanismo de la misma Casa de Estudios y Lic. En Gestión de la Calidad Total de la Universidad Católica del Norte. Fue presidente de los Estudiantes Palestinos de Chile entre los años 1987 y 1991; actualmente es presidente del Centro Cultural La Chimba..

## La Guerra de los Seis Días

Por Nicolás Chadud \*

La Guerra de los Seis Días, ocurrida en 1967, se tiende a pensar, generalmente, como una más de las tantas guerras que han existido en Medio Oriente con consecuencias geopolíticas y humanitarias relevantes. Pero no siempre se le percibe con el real significado político y repercusiones que se mantienen hasta hoy, en especial en torno al conflicto palestino-israelí. El presente artículo pretende reflexionar en éste sentido, con el objeto de ser un aporte al estudio y la comprensión del vigente escenario, aunque en ningún caso desea dejar zanjado el tema, sino todo lo contrario, más bien abrir el debate. Considerando que, efectivamente, son hechos substanciales que en aquella guerra, Israel se apropiara del resto del territorio palestino [1], las Alturas del Golán (Siria) y la Península del Sinaí (Egipto), es necesario precisar que las consecuencias políticas de la presente guerra no se circunscriben en exclusiva a la expansión territorial del Estado de Israel y al surgimiento de nuevos refugiados palestinos.

Como consecuencia política casi inmediata de la guerra, se produjo la consolidación del proyecto sionista y, por el lado árabe, la derrota definitiva de los nacionalismos árabes iniciados en la década de los cincuenta, liderados por Gamal Abdel Nasser [2]. A su vez, el fracaso estrepitoso de los ejércitos árabes, facilita la entrada de los palestinos como actores políticos que se hacen cargo de su propia causa, lo que se refleja en gran medida con la llegada de Yasser Arafat a la presidencia de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y el surgimiento de diversos movimientos revolucionarios de liberación nacional.

Si bien estos elementos son importantes de considerar en cualquier análisis serio y riguroso en lo que respecta a las consecuencias de la Guerra de los Seis Días para el actual conflicto árabe-israelí, lo que marca políticamente la presente guerra es la llegada de Estados Unidos como potencia hegemónica que ejerce su poder e influencia en la escena de Medio Oriente, dejando rezagadas a potencias coloniales de antaño como Gran Bretaña o Francia [3] que tuvieron -en su momento- gran influencia política en la zona.

De esta forma, se prisma una alianza estratégica con Israel producto de los engranajes propios de una intensa Guerra Fría y de los intereses económicos en la zona. Así, con el transcurso del tiempo se configura una especie de vínculo indisoluble entre ambos países, que indiscutiblemente va a condicionar la futura política exterior de Estados Unidos, lo que se ve reflejado en la práctica en una política permanente de intervenciones en el Mundo Árabe, como la actual guerra que impulsa y ejecuta la superpotencia y sus aliados en Irak.

Se iniciaría así una relación política -empírica y simbólica al mismo tiempo- tan íntima y amistosa hasta nuestros días, que algunos intelectuales sostienen que ya no es posible distinguir quién es quién, a lo menos en lo que respecta a las iniciativas o propuestas de paz -léase de guerra- en Oriente Próximo, aunque discursivamente intenten por momentos reflejar independencia política o criterios distintos respecto a un tema en especial.

A modo de ejemplo, si bien Estados Unidos puede llegar en ocasiones a criticar la política colonial israelí de construir asentamientos en los territorios palestinos ocupados [4], Washington no toma ninguna decisión que podría posibilitar un cambio efectivo en la política israelí, como pudiera ser recortar la grotesca ayuda subsidiaria militar y económica anual que recibe Israel o siquiera eliminar el arancel preferencial de los productos israelíes para ingresar al mercado norteamericano [5], ni hablar de sanciones económicas al estilo cubano, palestino, libio o iraquí. Esos tópicos no se discuten ni mucho menos se proponen en la política interna estadounidense y por tanto no se encuentran en la agenda formal de ningún congresista por muy bien informado que se encuentre, gracias en gran medida, a la eficacia con la que actúa el lobby sionista y sus instituciones en los Estados Unidos [6].

Si bien el movimiento sionista y sus objetivos políticos de crear un “Hogar Nacional Judío” en Palestina obtuvieron el apoyo implícito y explícito de Occidente, por medio, principalmente, de Gran Bretaña [7] e inclusive de países como la URSS [8], que seguramente percibió que su apoyo le podía generar dividendos

políticos en el nuevo contexto político mundial dominado por la Guerra Fría, no va ser hasta el triunfo militar de Israel en el año 1967 sobre los países árabes, cuando se plasma una nueva alianza estratégica y de largo aliento que no tiene parangón en la historia política contemporánea reciente, particularmente respecto a las prioridades de la política exterior de Estados Unidos. Lo anterior supone, en los hechos, que los intereses estratégicos de mayor relevancia para Israel comienzan a ser sucesivamente asumidos como propios por EE.UU., de tal modo que sus politics se hacen prácticamente indistinguibles en este sentido.

No pareciera ser coincidencia que desde la culminación de la Guerra de los Seis Días, Estados Unidos decide involucrarse directamente en cada uno los asuntos concernientes al denominado Medio Oriente, sin excepción; no con un fin mediador o conciliador e imparcial entre las partes involucradas, sino abiertamente pro-israelí. Una postura entendible puesto que los estados en el Sistema Internacional actúan y toman decisiones de acuerdo a sus intereses y preferencias, lo que no debería extrañar -al menos desde la politología- en el actuar de la mayor potencia mundial.

La estrecha alianza entre ambos estados, puede explicar, por ejemplo, la intervención militar de la potencia hegemónica a favor de Israel en la Guerra de Yom Kippur en 1973, con el objetivo definido de evitar que los países árabes pudiesen recuperar sus territorios arrebatados, puesto que Israel hizo caso omiso a la Resolución 242 del Consejo de Seguridad, que pedía a la potencia ocupante retirarse de los territorios ocupados en la Guerra de 1967.

Se hace necesario precisar que las intervenciones de Estados Unidos en el Mundo Árabe, no se circunscriben exclusivamente en el ámbito militar, como lo fue en la Guerra de 1973, cuando suministró armamento de última tecnología a Israel, o bien, el apoyo militar otorgado a Saddam Hussein en la Guerra contra Irán.

En este sentido, el soporte estadounidense hacia Irak en la década de los ochenta, se explica no sólo por el temor que despertaba el probable triunfo de Irán y la posible expansión de la Revolución Islámica, sino también porque así se debilitaría en todos los frentes a uno de los países árabes que representaba para Israel la mayor amenaza real o potencial. “El Estado de Irak, rico en petróleo y víctima de luchas intestinas, está en nuestra mira. Su disolución será para nosotros más importante que la de Siria, ya que es Irak a corto plazo la más seria amenaza para Israel” [9].

No se debe perder de vista que desde la creación del Estado de Israel el discurso público y oficial de sus autoridades es que se trata de un país de pequeña superficie que lucha por “sobrevivir o vivir en paz”, como la única democracia en medio de una “región hostil” [10]. De esta forma, lo que ha hecho Estados Unidos no es tan solo repetir diplomáticamente ese discurso cada vez que es posible hacerlo, sino que se lo ha apropiado tácticamente de tal forma que pasó a constituirse en uno de los sustentos teóricos que inspiran la política exterior norteamericana en la región.

Se desprende que desde que prima tal ideario, lo prioritario para EE.UU. en la región ha sido neutralizar, a través de los medios militares, económicos y políticos con que cuenta, las supuestas amenazas reales o potenciales para Israel, a su vez seguir blindándolo en términos económicos y políticos, principalmente a través de una cuantiosa ayuda económica y ejerciendo su derecho a veto en el Consejo de Seguridad cada vez que se estima necesario.

Las intervenciones estadounidenses sobre el Mundo Árabe desde 1967 se vienen ejecutando también en un plano menos visible para la opinión pública mundial, pero de alta efectividad política a través de iniciativas y acciones diplomáticas con un relevante componente económico. Al respecto existen dos países árabes emblemáticos como Jordania y Egipto, que reciben una cuantiosa ayuda económica anual por parte de Estados Unidos y su correspondiente apoyo político, especialmente desde que firmaron acuerdos de paz con el Estado de Israel. Esto los convierte casi automáticamente en países moderados ante la Comunidad Internacional, a pesar de tener gobiernos autoritarios que violan sistemáticamente los derechos humanos y las libertades civiles y políticas más elementales.

Desde la firma de paz entre Israel y Egipto, éste último país se ha convertido en una especie de mediador del conflicto palestino-israelí, que en la práctica juega un rol político muy limitado por su dependencia de

Estados Unidos, al nivel de que ni en los momentos más cruentos de la represión israelí durante la Intifada de Al Aqsa o en la reciente guerra entre Israel y el Líbano, el gobierno de Mubarak pensó siquiera en revisar el acuerdo de paz vigente con Israel. Al contrario, en las calles egipcias se reprimen duramente las manifestaciones multitudinarias a favor de la causa palestina, incluso con víctimas fatales, lo que da cuenta de que el gobierno se encuentra pendiente y sensible de cualquier tipo de organización popular que pueda derivar en una oposición política al gobierno.

El caso jordano tampoco puede ser comprendido y analizado si no se considera la influencia activa de Estados Unidos. El país que ostenta una mayoría de palestinos entre sus ciudadanos y al mismo tiempo la mayor cantidad de refugiados -que dicho sea de paso se les ha negado su derecho a retorno o compensación justa-, mantiene relaciones políticas cordiales con la potencia ocupante, con un acuerdo de paz vigente desde 1994 y vigorosas relaciones económicas, que incluso se han profundizado durante los últimos años. Esta situación política no se logra explicar si no se considera el rol preponderante y sin contrapesos de Estados Unidos en la región desde la caída de la URSS, que despliega, como se ha visto, no sólo intervenciones militares como en el caso de Irak actualmente, o Libia en su momento, sino también decisiones y acciones diplomáticas y económicas, con una estrategia política asumida plenamente, que vela por los intereses estratégicos de Israel como política de estado, puesto que trasciende a los gobiernos de turno.

En definitiva, desde el fin de la Guerra de los Seis Días en 1967, Estados Unidos comienza a ejercer un dominio hegemónico en los asuntos de la región y al mismo tiempo logra configurar una alianza estratégica con Israel, que no tiene precedentes en la historia política contemporánea reciente y que se ve agravada en el último tiempo por una realidad política mundial unipolar, sin contrapesos efectivos por parte de la Comunidad Europea, China o los países árabes, que se encuentran gobernados por dictaduras proclives en su inmensa mayoría a Estados Unidos o ligados al capital occidental.

Las preguntas que pareciera ser siguen abiertas aun son las siguientes ¿Cuánto tiempo durará esta alianza y cuáles son sus próximos efectos?, ¿Es una alianza irreversible e invencible?, ¿Qué debe cambiar políticamente para que esta alianza se convierta en inviable?, ¿La hegemonía de Estados Unidos en la región permitirá lograr una paz justa y duradera en Oriente Próximo? ¿Sería útil la supuesta democratización teórica de los países árabes?

Lo que podemos decir modestamente, es que para reflexionar en torno a los problemas que producen estas preguntas, se hace menester entrar a rastrear cada una de las partes de éste “puzzle”. Por el momento tenemos algunas “piezas”: El trabajo sistemático y minucioso del lobby sionista en los Estados Unidos, la inexistencia de contrapesos reales a nivel mundial al poder político y económico que ejerce Estados Unidos y la descomposición o crisis de los regímenes políticos dominantes en el Mundo Árabe, que se manifiesta en la ausencia de proyectos políticos nacionales e inclusivos de las grandes mayorías.

1. Lo que se conoce como Gaza y Cisjordania, correspondiente al 22% de la Palestina Histórica.
2. Ver discurso de Gamal Abdel Nasser en la Edición N ° VII de Hoja de Ruta.
3. Se debe recordar que ambas potencias junto al naciente Estado de Israel iniciaron en 1956 una ofensiva militar en contra del Egipto nasserista luego que se declarase la nacionalización del Canal de Suez.
4. Nótese el siguiente dato aportado por Noam Chomski en “Piratas y Emperadores”: “El ritmo de construcción en los asentamientos durante el año 2000 se calculó en más del triple que en Tel- Aviv, más de diez veces el de Jerusalén....un 60% de las construcciones en los territorios es financiado por el Estado, frente a un 25% en Israel, y todos los gobiernos han utilizado varios incentivos para fomentar la colonización”. (Chomski, 2004:280-281).
5. Se trata de ventajas arancelarias realmente excepcionales si consideramos el nivel de desarrollo económico israelí o las dificultades reales de los países africanos más pobres para lograr vender sus productos en Estados Unidos.

6. Revisar el artículo “El Sionismo en los Estados Unidos” o “El Sionismo en los Estados Unidos. El verdadero problema” de Edward W. Said. En <http://www.zmag.org/Spanish/0100sion.htm>
7. Revisar al respecto la Declaración Balfour del año 1917.
8. Puesto que se percibía la creación del Estado Judío como una solución válida o legítima para resolver la Cuestión Judía y a su vez un proyecto político socialista o de corte progresista.
9. Cita extraída por Roger Garaudy en el texto “ La Cruzada de los asesinos” de la revista israelí “Kivounin”. Jerusalén. N.14, febrero 1982. Pág. 49/59.
10. Israel jamás se presenta públicamente, ni tampoco se lo exigen, como una de las mayores potencias nucleares del mundo que no permite revisiones internacionales a sus plantas como se le exige actualmente a Irán o que cuenta con uno de los ejércitos y servicios secretos mejor preparados y sofisticados del mundo que ha perpetrado crímenes por doquier.

---

\* Licenciado en Ciencia Política, Universidad Arcis.

## Lo que queda de la Naksa [1]: ocupación, colonización y apartheid

Por Ricardo Marzuca \*

El 5 de junio de 1967 Israel ataca por sorpresa a Egipto, Siria y Jordania. La ayuda de EEUU había aumentado significativamente su fuerza económica, complementada con las contribuciones de los círculos sionistas de todo el mundo y las compensaciones que cobraba a Alemania Occidental. “También había consolidado la fuerza y la experiencia de sus fuerzas armadas y, especialmente, de la aviación. Israel sabía que era militar y políticamente más fuerte que sus vecinos árabes. Frente a las amenazas de esos vecinos, la mejor táctica era hacer gala de su fuerza. Ello podía contribuir a un acuerdo más estable del que se había alcanzado hasta el momento, pero en esto subyacía la esperanza de conquistar el resto de Palestina y concluir la guerra inacabada en 1948” [2].

En menos de seis días, Israel ocupó la Península del Sinaí, la margen Occidental del Jordán -incluida Jerusalén oriental-, la Franja de Gaza y las alturas del Golán. Paralelamente, una nueva oleada de miles de refugiados palestinos se sumó a los expulsados en 1948.

El escenario generado a partir del conflicto de junio de 1967, inaugura la creación de una situación de excepción permanente, que consolida paso a paso el núcleo del proyecto sionista en Palestina, esto es, la expansión y consolidación del estado basado en una mayoría judía, el desplazamiento de la población árabe, y la disposición de todo territorio para ser confiscado y anexado. Como señala Azmi Bishara: “Lo que Israel quiere es separarse de la mayor cantidad posible de palestinos y que estos vivan en el área más pequeña posible. Los planes de autogobierno negociados con Egipto en 1980, los Acuerdos de Oslo, las proposiciones de Camp David, los proyectos de retirada unilateral de Sharon y Olmert, la iniciativa de Ginebra por la izquierda sionista israelí, y el muro de separación, no son otra cosa que diferentes manifestaciones de tal pensamiento.” [3]

En efecto, la acción política de los líderes israelíes ha estado permanentemente inspirada por las ideas de “redención de la tierra” en que estos habían sido formados. Para la lingüista israelí Tanya Reinhart: “Los líderes de la “generación de 1948” , Yigal Alon, Moshe Dayan, Isaac Rabin, Sharon y Peres, crecieron con el mito de la “tierra de redención”. Este mito, inculcado en las generaciones de todos los israelíes, afirma que la tierra que antaño perteneció al pueblo judío debe ser “redimida” y liberada, es decir, arrebatada a los

extraños que en ella residen. Para ello hay que perseverar y apropiarse del territorio pedazo a pedazo o, si es necesario, entrar en guerra (...) El núcleo de ésta ideología es la santidad de la tierra”. [4]

Desde la perspectiva del islamólogo israelí, Emmanuel Sivan, la ocupación de la totalidad de Palestina por parte de Israel en la guerra de 1967, señala el comienzo de lo que él denomina una “situación colonial”; concepto utilizado por dicho autor para enfatizar, desde su perspectiva, que el ideal sionista no se gesta originalmente como un movimiento colonial, sino que, desde junio de 1967, se encuentra en una situación colonial de facto, producto de los acontecimientos bélicos; es decir, el control absoluto de los hasta hoy llamados “territorios ocupados”. Para este autor, una situación colonial: “...es aquella en la que una sociedad (determinada generalmente por un origen étnico común) domina a otra en el marco del mismo territorio, siendo la primera la que ostenta el monopolio absoluto del poder (militar y político) y de una parte desproporcionada de los recursos económicos. La estructura social en tal situación se caracteriza por una segregación que tiene una justificación legal y que también es creada por la fuerza de la dinámica social: segregación física (zonas de residencia separadas), segregación estratificada (la sociedad colonial es la que tiene una situación social preferente, y en la que casi existe el tabú del contacto social estrecho con los nativos y, por supuesto, de matrimonios mixtos). A esto generalmente también se le suma la segregación económico- laboral: las profesiones menos ventajosas y de bajo prestigio se dejan para los nativos” [5].

Lo interesante en el enfoque de Sivan, es la similitud que el autor presenta entre la situación vivida en Argelia, bajo el control colonial francés y las condiciones a la que es sometida la población palestina en la margen Occidental del Jordán y la Franja de Gaza, a partir de 1967. Más aún, la comparación Argelia = Palestina, que para dicho autor, se inicia como un mito propio del nacionalismo árabe y palestino de la década del cincuenta y sesenta, comienza progresivamente a convertirse en realidad. Para ello, realiza un análisis a nivel exegético, es decir, en el mundo de las creencias, de las opiniones, de la “mentalidad colectiva”; en suma, en la construcción de la visión “del otro”. Esto en el entendido de que la mentalidad colectiva de los colonizadores es un componente importante de la situación colonial que legitima la existencia del dominio de un pueblo sobre otro.

Sivan, destaca en la construcción de los estereotipos que los franceses asignan a los árabes de Argelia, cinco prefiguraciones: El nativo es salvaje, indigente, sucio, malévolo y dado al desenfreno. Analizando la imagen “del otro”, la realidad y sus interpretaciones, observa que estas asumen que las características de la raza o el colectivo social no se pueden cambiar, es decir, son innatas, en consecuencia: “...la mala situación económica de los árabes es consecuencia del primitivismo y de la falta de preocupación por el día de mañana, característica del “Islam fatalista”; la distancia social es consecuencia del abismo entre la forma de vida “cultura” y la “salvaje”; la separación física se produce porque el musulmán es inmundo, maloliente, portador de enfermedades contagiosas y de moral dudosa; la autoridad europea (política y militar) es vital debido a la tendencia del nativo a la rebeldía, a la anarquía y a la astucia. En otras palabras, el orden colonial es un “orden natural” mientras que los colonizadores (como dijo de ellos uno de los gobernadores franceses) no ven en los musulmanes seres humanos iguales a ellos por naturaleza.” [6]

De ahí, su proyección de la situación de Argelia bajo el dominio francés, a la relación que establece la sociedad israelí con la población palestina de los territorios ocupados en 1967, la mirada deshumanizada del otro, la segregación demográfica, la explotación económica, la carencia absoluta de ciudadanía y derechos políticos de los ocupados. “Si el árabe apenas es considerado un ser humano, y naturalmente sí lo es como un enemigo astuto y peligroso, ¿por qué darles igualdad de derechos y de oportunidades? ¿Por qué darles el derecho a la autodeterminación?”. [7] El peligro aumenta, dado que para muchos sectores de la sociedad israelí que no adhieren al mito del “Gran Israel”, la situación de control y dominio no les resulta agradable, pero tampoco terrible, mientras que para los que si lo hacen, es agradable, conveniente y no terrible, por lo que la diferencia entre ambas visiones se ha ido difuminando. En consecuencia, Sivan concluye: “El mito Argelia-Palestina, bastante rebatido hasta finales de los años sesenta, se va recubriendo de piel y de nervios, y para colmo de la ironía, lo hace precisamente por iniciativa sionista. El pasado colonial de Argelia se convierte cada vez más en nuestro presente.” [8]

Desde nuestra perspectiva y concordando con el historiador israelí Ilan Pappé, Palestina como país fue borrada de la conciencia sionista casi desde el principio; de hecho, ocurrió desde el momento de las

primeras oleadas de inmigrantes judíos. Mientras la comunidad judía en Palestina siguiera siendo una minoría viviendo bajo los auspicios del Mandato británico, la desaparición de Palestina seguía siendo algo simbólico, porque no existía aún un poder militar capaz de eliminarla físicamente sobre el terreno. Pero ya estaba totalmente excluida del discurso de los colonos sionistas. [9]

Lo anterior apunta a que la iniciativa sionista en Palestina constituyó, desde un comienzo, un fenómeno colonial concebido como tal por sus ideólogos. El discurso utilizado para justificar la colonización de Palestina, revela que los teóricos sionistas estaban imbuidos de las ideas de la superioridad y rol civilizador del mundo europeo, del que deseaban formar parte. De hecho, según Teodoro Herzl, fundador del movimiento: “Para Europa formaríamos allí parte integrante del baluarte contra el Asia: constituiríamos la vanguardia de la cultura en su lucha contra la barbarie” [10]. En concordancia, Max Nordau, en su afán de enfatizar y reafirmar la comunidad de cultura de los judíos con Europa señalaba: “Retendremos la cultura europea que hemos adquirido en los dos últimos milenios, y podremos reírnos de quienes sugieren que nos convertiremos en asiáticos. En el sentido antropológico y en el cultural, nos convertiremos en asiáticos palestinos en la misma medida en que los anglosajones de Norteamérica se han convertido en pieles rojas....Debemos plantearnos el objetivo de hacer de Asia Menor lo que los ingleses han hecho en la India...” [11]. En tal sentido, los referidos autores insertan el movimiento sionista en el contexto de expansión, dominio y control del Oriente por parte de la colonización europea.

El mismo Ilan Pappé afirma que, en 1977, el Likud llegó al poder con el fin de implementar definitivamente la ideología del Gran Israel. El concepto de *Palestina* quedaría ahogado por las masivas oleadas de asentamientos judíos que inundaron los territorios ocupados; suprimido por la inflexible negativa a discutir siquiera el futuro de los refugiados y silenciado por la insistencia en que los palestinos dentro de Israel no constituirían un grupo nacional sino un conjunto de comunidades religiosas (cristianos y musulmanes), sin derecho a la autodeterminación o a poseer una identidad nacional colectiva.

Para el gobierno israelí de la época, conducido por Menahem Beguin, la paz con Egipto lograda con los Acuerdos de Camp David, incluso al precio de retirarse del Sinaí, significó neutralizar al país más fuerte y con mayor peso específico en el mundo árabe, de manera de lograr el objetivo esencial de su política, continuar el proceso de “redención de la tierra” iniciado en 1948: colonizar masivamente los territorios conquistados en 1967, anexionarlos de facto gradualmente, siguiendo el principio de aislar a la mayor cantidad de palestinos y, paralelamente, cumplir con el objetivo de que estos permanezcan en un área de territorio cada vez más reducida.

La ocupación total de Palestina en 1967, constituye la segunda etapa de Al Nakba de 1948, desplazamiento por la fuerza y luego ocupación, persecución y exclusión. De ahí que Azmi Bishara afirme que: “El colonialismo sionista habita el espacio entre dos modelos extintos, los presentados por África del Sur y la práctica francesa en Argelia. No es una mezcla de los dos, sino más bien una destilación de lo peor de cada cual.” [12]

Los laboristas iniciaron la colonización y los primeros asentamientos entre 1967 y 1977, para que el Likud diera el impulso definitivo a la destrucción del paisaje y de la vida palestina con la masiva construcción de asentamientos, carreteras y, en los últimos años, el estrangulamiento de la economía palestina, la sistemática demolición de viviendas, la represión total de la sociedad civil, los asesinatos selectivos o encarcelamiento de los líderes políticos palestinos y el cerco final del virtual campo de concentración: el muro del Apartheid. Los inconclusos Acuerdos de Oslo, que postergaron toda decisión sobre los temas cruciales para la creación de un Estado Palestino: límites, Estatus de Jerusalén, retorno refugiados, entre tantos, y la llegada de la Autoridad Nacional Palestina a los territorios ocupados, condenada desde un comienzo al fracaso, fueron el marco formal de la aplicación de la política israelí de los hechos consumados, de la consolidación colonial, y de la proyección de la situación de excepción y destrucción permanente a la que sigue siendo sometida la sociedad palestina. Como certeramente señalara Azmi Bishara: “Es difícil describir el laberinto de muros y barreras construidos alrededor de las aldeas cercanas a Jerusalén. Es difícil imaginar la violencia resultante del control de personas y tierras: puertas y torres de control, muros dobles, alambrados de púas y eléctricos. Lo que tenemos es una recreación en gran escala del campo de detención que Giorgio Agamben llamó la esencia del estado Fascista moderno. Es un sitio en el que la excepción es la

regla, y el estado de emergencia es permanente, para utilizar las palabras de Walter Benjamín”. [13]

- 
1. Naksa es el término con que en el mundo árabe se denomina a la guerra de los 6 días.
  2. Horani, Albert: *Historia de los Pueblos Árabes* , Editorial Ariel S.A., Barcelona, 1992, p.326.
  3. Bishara, Azmi: “A short history of *apartheid* ”. En Al Ahram Weekly Online: 8-14 January 2004 (Issue N°672). En:: <http://weekly.ahram.org.eg/2004/672/op10.htm>
  4. Reinhart, Tanya: *Israel-Palestina: cómo acabar con el conflicto* . RBA Libros S. A., Barcelona, 2004, p.196.
  5. Sivan, Emmanuel: *Mitos políticos árabes* , edicions bellaterra, Barcelona, 1997, p.270.
  6. Sivan, Emmanuel. Op cit. p.289
  7. Id. p.309
  8. Id. p.311
  9. Pappé, Ilan. *A History of Modern Palestine* . Cambridge University Press, 2003.
  10. Herzl, Teodoro. *El Estado Judío* , La semana publishing co.ltd., reimpresión, Jerusalén, 1976, p.59.
  11. Nordau, Max: *To his people* , Nueva York, 1941, p.163.
  12. Bishara, Azmi. Op cit.
  13. Bishara, Azmi, op. cit

---

\* Historiador, Académico del Centro de Estudios Árabes de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

## CULTURA

### Poemas de Nizar Qabbani

*El Libro del Amor*, Poemario: “Me casé contigo, Libertad” (1988)

Traducción: María Luisa Prieto.

Fuente: [www.poesiaarabe.com](http://www.poesiaarabe.com)

#### EL POEMA Y LA GEOGRAFÍA

En los países de Occidente, amiga mía,  
el poeta nace libre  
como los peces en los extensos mares  
y canta  
en el regazo de los lagos,  
en los prados susurrantes  
y en los campos de granados.

... Aquí  
el poeta nace en un saco de polvo,  
canta a reyes de polvo,  
a caballos de polvo  
y a espadas de polvo.  
Es un milagro  
que el poeta convierta la noche en día.  
Es un milagro  
que plantemos flores  
entre asedio y asedio.

Nosotros no escribimos  
-como el poeta occidental- poesía,  
escribimos, amiga mía,  
el acta de suicidio.

#### EL LENGUAJE IMPOSIBLE

El escritor en mi país  
habla todas las lenguas del mundo  
menos la árabe:  
tenemos una lengua temerosa  
en la que se han taponado todos los agujeros de la libertad.

#### ESCRITORES SIN DEDOS

Gracias a quien nos lee  
en este extenso mapa de arena.  
Gracias a quien nos lee  
en las alcobas secretas:

somos escritores sin dedos  
y profetas sin alfabeto.